

CORNELIUS CASTORIADIS

## EL INTERLUDIO DE GORBACHEV

TRADUCCIÓN DE GUILLERMO OSORNO

“**D**E TODOS LOS países industrializados, Rusia sigue siendo el principal candidato a una revolución social”. En mi opinión, lo que escribí hace diez años conserva plenamente su vigencia. En el presente trabajo sostengo que sólo dentro de muy estrechos márgenes pueden los intentos de Gorbachev de “reformular” la sociedad rusa significar algún cambio sustancial sin desatar una gran crisis social, étnica y política o sin provocar (en respuesta o como anticipación a tal crisis) una reacción del *establishment* militar o del Partido, dirigida a la emasculación de las “reformas”, o a la asignación del señor Gorbachev a alguna planta hidroeléctrica de la región del Lena. En pocas palabras: o el pueblo permanecerá pasivo (como lo ha hecho hasta hoy) y los posibles efectos de la Gorbachevchina serán muy limitados; o el pueblo comenzará a moverse, en cuyo caso o el asunto se le irá de las manos a Gorbachev, o habrá una reacción (preventiva o correctiva, no necesariamente exitosa) en China, aun más radical. La *ilusión Gorbachev* es la idea (predominante hoy en Occidente, compartida quizá por Gorbachev mismo) de que, en un país como la Rusia de hoy, se pueden introducir reformas sustanciales rigurosamente desde arriba; que se puede ordenar a la gente que actúe por ella misma mientras se la restringe a ciertos límites vagos e indefinidos (y más amenazadores por lo tanto); que se puede retener el poder absoluto sobre la burocracia mientras se dismantelan las bases económicas y sociales de dicho poder. Para resumir: que se puede, como el Dios de Descartes, poner en movimiento una sociedad de un capirotazo y que se puede cambiar el sistema sin cambiarlo.

Ha habido, a no dudarlo, sociedades y períodos históricos en que un faraón, un Hammurabi, un emperador romano, un Pedro el Grande o una Catalina pudieron introducir por decreto grandes cambios en aspectos importantes de la legislación y organización de la sociedad. La Rusia del final del siglo XX no parece dejarse tratar del mismo modo —tanto porque es Rusia como porque es el final del siglo XX. Porque es Rusia: la confusión actual es enorme, los remanentes acumulados de la historia rusa son otros tantos obstáculos a cualquier reforma impuesta pacíficamente desde arriba. Porque es el final del siglo XX: nadie, ni en Rusia, se inclinará ante el Zar, susurrando: “que así sea, si tal es vuestro deseo”.

Cualquier discusión sobre las presentes “reformas” en Rusia acarrea un sinnúmero de prejuicios teóricos. Muchos de ellos son puestos a prueba por los acontecimientos actuales. En contraste con los escritos periodísticos y los meramente impresionistas, debemos leerlos con todo detalle. En un trabajo de las dimensiones de éste —y de cualquiera posible—, sólo en parte puede hacerse.

El régimen social ruso, tal y como se desarrolló después de la Revolución de octubre y la subsiguiente concentración del poder absoluto en el partido bolchevique, es un capitalismo burocrático total y totalitario<sup>2</sup>. Este concepto no debe confundirse con las versiones corrientes del concepto de totalitarismo, que presentan una esencia ahistórica, indiferente a las diferencias “geográficas” (por ejemplo entre Alemania del Este y Cuba, Checoslovaquia y Etiopía, Rusia y China), e inmune al cambio. Como cualquier otro régimen histórico-social, no importa cuáles sean sus metas, el régimen está sujeto al cambio histórico, en el más profundo y estricto sentido de la palabra. Así, durante el período de Jrushchov, miembros del partido y de la burocracia intentaron reformar el sistema manteniendo intactas sus características principales (ante todo, el gobierno centralizado del Partido). La “reforma” tuvo algunos efectos —es gracias a ellos, después de todo, como el sistema se volvió viable luego de las locuras en gran escala del período de Stalin— pero fracasaron sustancialmente. No hace falta poner insistir en lo mucho que puede pesar el caso de Jrushchov, no tanto como un “precedente” para quien trate de analizar la situación actual, sino como un elemento real en la mente de todos en Rusia. La caída de Jrushchov y el período de Brezhnev abrieron el camino a lo que he llamado el ascenso de la *estratoocracia*<sup>3</sup>. Este concepto nunca significó que la dictadura militar fuera inminente, o que los mariscales, los almirantes y los generales estuvieran gobernando o “mandando realmente” en Rusia. Significaba:

—que el Partido había fracasado en sus intentos de “reformarse” y “modernizar” la sociedad rusa; que su ideología estaba muerta (el uso de la ideología de exportación es otro asunto); que ya no tenía proyecto histórico y estaba metido en un atolladero;

—que el militar (el complejo industrial-militar, con su economía “separada”) era el único sector de la sociedad realmente “moderno” y “que funcionaba” (lo que significa que el caos en la organización militar

el mal funcionamiento de su equipo eran comparables a los de Estados Unidos —lo que *no* se podía decir de la organización y producción no militares;

—que la orientación general de la sociedad estaba de hecho determinada por las necesidades y los objetivos de la sub-sociedad militar;

—que los militares se estaban convirtiendo en los únicos capaces de cumplir los objetivos expansionistas del régimen, en una época en que la ideología “comunista” iba perdiendo progresivamente su atractivo para el exterior, en que las tendencias centrífugas estaban volviéndose fuertes y manifiestas en otros países comunistas y en que, en el Tercer Mundo, la imposición y la conservación de regímenes comunistas en el tenía que llevarse a cabo, cada vez más, a través de alguna forma de intervención Rusa directa.

Este punto de vista se basaba en una gran cantidad de hechos seguros; principalmente: la separación, en Rusia, de las empresas militares y no militares y la enorme diferencia resultante en la calidad de los productos resultantes (las bombas H rusas se exportan, la ropa rusa no); la enorme parte (circa 15%) del producto nacional dedicado al gasto militar; el “desmatado” de los mejores cuadros y trabajadores mejor preparados y su apropiación en la sub-sociedad militar; el ascenso persistente del chovinismo y el nacionalismo gran-ruso, muy efectivos para la descomposición de la ideología comunista. Pero también se basaba, negativamente, en un análisis de los elementos que hacían casi imposible (no estrictamente imposible; esto no es matemáticas ni física) para el Partido revivir de verdad e imponer con éxito desde arriba una reforma “modernizadora”. Para evitar repeticiones, discutiré más adelante estos elementos en relación con el proceso actual de “reformas”.

Es en este contexto en el que hace siete años escribía: “En Rusia, *nada se hace, nada pasa*... Contra este fondo gris, los únicos acontecimientos notables son los avances en la tecnología militar, la acumulación y el despliegue de armamento, y los movimientos de la política internacional”. Para el período 1964-1986, esto no era más que una exposición de los hechos.

Ahora bien: actualmente están pasando cosas en Rusia. (La idea de que todo es una estrategia para engañar a Occidente o que los cambios son puro maquillaje no merece ninguna consideración.) De modo que surgen las preguntas: *qué y por qué*. Las dos están más que íntimamente ligadas. Me ocuparé rápidamente del porqué, pero antes una caracterización provisional del qué es indispensable. Un grupo de burocratas de alto nivel, organizados y alentados por un líder indiscutiblemente listo y capaz, Gorbachev, ha ascendido al poder y puesto en marcha un “proceso de reformas” (hasta ahora, la mayoría en la forma de declaración de intenciones —pero dejémoslo para más adelante). El propósito declarado del proceso puede resumirse en el término “modernización” (ciertamente no “democratización”). Sus métodos siguen siendo vagos, pero dos puntos son claros. Uno es el restablecimiento de la *détente* y un alto a la carrera armamentista. El otro es el intento de introducir cierto grado de “liberalización” (princi-

palmente cultural), y una dosis indefinida de “mecanismos de mercado” en la planificación centralizada de la economía.

Ahora bien, dada la manera en que Rusia entroniza a sus reyes, lo cierto es que este grupo no habría alcanzado la supremacía sin el apoyo decidido en algunos casos, la neutralidad favorable en otros, la espera y la observación prudente en otros más, de parte de los principales depositarios del poder: los militares, la KGB, la cúpula del Partido. Entre paréntesis: el ascenso de Gorbachev señala, una vez más, la futi- lidad de la teoría de los “grupos de interés” en lo concerniente a la burocracia rusa. En todos los casos importantes, la agrupación burocrática ha sido transversal, cortando a través del ejército, el Partido, la KGB, y otras oficinas gubernamentales. Tampoco en el presente caso hay división aparente a lo largo de las líneas “sectoriales”. La grieta divide “modernizadores” de “conservadores” —y esto, únicamente en lo más alto de la jerarquía.

Es cierto, a pesar del acceso de Gorbachev al poder, de la aparente consolidación de su posición y de la puesta en marcha de algunas medidas que ciertamente disgustan y amenazan a los conservadores, que la base de su grupo no parece ni muy amplia ni muy sólida. Y esto contribuye a dar cuenta de la lentitud y el cauto avance de sus movimientos. Los integrantes de su grupo pertenecen al estrato más alto de la burocracia, y sólo a él. (La *intelligentsia* de Moscú será tratada más adelante). No se vislumbra ningún apoyo activo del grueso del Partido: Aun el Comité Central ha sido capaz, hasta ahora, de obstruir o dilatar exitosamente algunas propuestas de Gorbachev. Los modernizadores parecen, entre la burocracia, un déspota ilustrado colectivo aislado. Supongo que sus más cálidos partidarios provienen del ejército, quienes no tienen ningún interés creado en el estancamiento de la economía rusa; y que su “electorado” potencial se encuentra dentro de algunos sectores de la burocracia tecno-científica de todo el país.

Sin embargo, el hecho es que —contrariamente a lo que en 1981 parecía, y yo mismo creía, virtualmente imposible<sup>5</sup>— ha surgido un grupo de modernizadores, que han sido capaces de adueñarse de la dirección del Partido y el Estado. ¿Por qué?

Es obvio que factores internos y externos han confluído para desembocar en la situación actual. Los factores externos parecen haber sido capitales en este caso —como en la mayoría si no en todos los casos de reforma desde arriba en la historia rusa. Por factores externos quiero decir la presión que ejerce su posición como poder mundial, tal y como ellos la ven (“perciben” es la palabra usual, “imaginan” es la correcta). Polonia soltó las riendas —y los demás países de la Europa del Este deben ser tratados cada vez con menos confianza. Afganistán se convirtió en una derrota parcial que, en el balance, ha tenido efectos adversos en la posición internacional de Rusia. (Si los polacos se hubieran quedado callados desde 1979 y los afganos hubieran aceptado el régimen de Quisling, las cosas podrían haberse desarrollado en Rusia de modo diferente). Los satélites ultramarinos han

una carga cada vez más pesada. (La ayuda rusa a Nicaragua ha sido muy limitada, incluso antes de la *détente* actual).

El rearme norteamericano bien puede ser un fenómeno "cultural", como lo ha llamado Edward Luttwark, antes que un fenómeno estratégico. La Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) bien puede ser un sueño tecnológico y un gasto inútil de dinero<sup>6</sup>. No estamos tratando con realidades, sino con la realidad "percibida", es decir, con imágenes, y no hay razón para pensar que el alto mando ruso está menos inclinado a la ilusión tecnológica —el nuevo artefacto que resolverá todos y cada uno de los problemas— que sus contrapartes y modelos norteamericanos. Han puesto obviamente todas sus esperanzas, si no en la viabilidad total de la IDE, por lo menos en algunos de sus efectos, particularmente en la posibilidad de una lluvia nuclear parcial.

La significación de todos estos hechos puede resumirse en pocas palabras: sobreabundancia de compromisos internacionales. (Podemos recordar que los expertos militares de Estados Unidos, quienes hace veinte años norteamericanos se jactaban de que eran capaces de pelear dos guerras y media, tuvieron que reducir luego sus cálculos a una y media, y de hecho fueron incapaces de probar que podían pelear un cuarto de guerra). Dada la situación internacional de Rusia, a la que pronto habré de volver, la respuesta "racional" era recortar compromisos, reducir el excesivo estiramiento de sus recursos y ganar tiempo para superar la inferioridad tecnológica e industrial por medio de alguna "reconstrucción" interna.

Esta parte de la estrategia de Gorbachev es la más franca, probablemente la que provoca menos oposición interna, y ha sido conducida, hasta ahora, con brillo y eficacia. No es necesario extenderse demasiado sobre los beneficios diplomáticos y políticos que se cosechan con ello: no sólo la nueva imagen de la "Rusia amante de la paz", sino también el espectro de la retirada norteamericana de la alianza Occidental, que se perfila cada vez más amenazador. Menos fácil de entender es el beneficio neto que obtiene Rusia de los acuerdos que se negocian actualmente. Para resumir el argumento: 1) No se elimina el riesgo de un holocausto nuclear. Aun si los arsenales "estratégicos" de las dos superpotencias fueran recortados, no en un 50% sino en un 95%, lo que quedara bastaría para convertir el hemisferio norte en un paisaje lunar. 2) Si todas las armas nucleares fueran eliminadas, Rusia surgiría como la potencia militar indiscutible del continente Euroasiático. 3) Por lo tanto, la disuasión nuclear seguirá en la base del equilibrio de poder mundial. 4) En el absurdo laberinto que es la situación "estratégica" actual, la existencia de armamento nuclear de alcance intermedio contiene en germen la muy alta probabilidad de una escalada si comienza a ser usado; en este sentido, le da la puntilla a la disuasión. Si eliminaran este tipo de armamento, los Estados Unidos se verían, en el caso de una crisis aguda, frente al dilema: una guerra total o el retiro hacia la "fortaleza americana". Si no acabamos de entender, podemos echar mano de las palabras de

Nixon y Kissinger: ningún presidente norteamericano arriesgaría la destrucción de Nueva York para salvar Bonn, Amsterdam o París. En fin, cualquier negociación sobre armamentos aumenta la fuerza de la presión rusa sobre los europeos, y hace posible poner un alto al aumento en el gasto militar de Rusia o reestructurarlo en favor de una creciente sofisticación de las armas convencionales.

El grupo de Gorbachev deja ver en su política exterior que ha entendido que los amplios compromisos internacionales de Rusia están fuera de proporción con respecto a los recursos del país (lo mismo se puede decir de los Estados Unidos), que lo que hasta hoy había sido suficiente —el desarrollo de una eficiente industria militar por medio de una estricta organización que separaba las plantas militares del resto de la economía, la atracción de los mejores recursos materiales y humanos, y la consagración de una buena tajada del producto nacional a la industria militar— ya no lo es más, y que una economía virtualmente estancada y unos niveles de vida muy bajos para los trabajadores hacen difícil aumentar los recursos dedicados a la sub-sociedad militar. Este debe de haber sido obviamente el razonamiento que más pesaba en los jefes militares.

Una "tregua" —o "corrección del frente"— temporal se hace cada vez más aconsejable. Es más fácil entenderlo si se tienen claros el "esquema" completo y el ritmo de la expansión rusa. No son cosas que tomen un año. (Marx: "¡Cuidado!; los rusos están avanzando en dirección Oeste a una velocidad de cien millas por siglo". Uno de los pocos diagnósticos suyos que el siglo XX ha verificado por completo). Los occidentales se inclinan a juzgar la política exterior rusa según sus propios patrones temporales; así, un mismo plan que se continúa por cuatro años parece un milagro. Pero entra perfectamente en la lógica rusa dilatar las cosas durante veinte o treinta años, si es necesario y algo puede conseguirse con ello. Y no se debe a una planeación super-inteligente de largo plazo: se apoya —y así ha sido por siglos la manera en que Rusia ha construido su tiempo histórico-social— en el terreno de sus relaciones exteriores por las ventajas de su posición geo-estratégica.

Así, la condición "externa" del periodo de Gorbachev es la creciente dificultad para la economía rusa de seguir apoyando la agresiva política de poder del periodo de 1964-1985. Pero este elemento, por sí solo, es insuficiente para explicar toda la gama de medidas puestas en práctica, propuestas o apenas insinuadas. La nueva dirección de las relaciones con el exterior se podía haber negociado sin los intentos de transformación interna, o con algunos de menor importancia. Es cierto que la *détente* y la suspensión de la carrera armamentista darían a la industria rusa un momento de respiro muy necesario; sin embargo, no alterarían, en sí mismas, el atraso y la debilidad de toda la estructura industrial. La modernización de la industria se hace cada vez más necesaria ante el acelerado "progreso" tecnológico del exterior. Pero los modernizadores obviamente apuntan hacia algo más lejano e importante, aunque todavía vago. De otra

manera no se entendería por qué se aventuraron a una liberalización, por limitada y vacilante que pueda ser.

Sólo un elemento "interno" nos puede dar la respuesta a todo esto, y es claro que no debemos buscarla en ningún tipo de "presión social", sino en el grupo mismo de modernizadores. Los modernizadores están obviamente "expuestos a influencias" —a influencias de Occidente. Son la parte de la oligarquía dominante (ya sea del Partido, del ejército, o cualquier otra) que desea con fervor ver a Rusia convertida en un país "parecido" a los de Occidente. Quieren que Rusia se eleve al rango de las naciones "civilizadas" —aunque, por supuesto, nunca aceptarían esta formulación—, lo que va desde las buenas maneras hasta apoyar el rock o tolerar el arte moderno, desde las tiendas de Cardin o Saint-Laurent en Moscú hasta la proliferación de las computadoras personales, desde una opinión pública manejada por la T.V. y la dramatización de la política hasta la amplia absorción de la tecnología occidental, desde la "discusión libre" de algunos asuntos (no todos) hasta la insistencia en la observancia de la "legalidad". Después de la larga agonía de la "ideología" comunista y del cinismo generalizado que la siguió, parte de la burocracia rusa ya no estaba amparada contra la influencia de la moderna cultura mundial, y sabemos que lo mismo es cierto para la juventud de las ciudades rusas.

Es, por supuesto, una historia con antecedentes muy viejos y casi permanentes en Rusia: Pedro, Catalina, pro-occidentalizadores contra eslavófilos, etcétera. Y es que Rusia nunca vivió un Renacimiento o una *Aufklärung*, nunca entró, de hecho, en el sendero histórico de Occidente, y aunque la Revolución de octubre intentó modernizar Rusia por vías inéditas, destruyó mucho de la occidentalización (o europeización) lograda entre 1850 y 1914, y la hizo retroceder a su pasado asiático —pero con electrificación. Cualesquiera que hayan sido los desarrollos científicos e industriales, la condición ruso-asiática persistió: nada pudo existir independientemente del Estado —un Partido-Estado monstruosamente abultado y "modernizado".

Y ése es el obstáculo. La europeización de Europa (como el desarrollo de los Estados Unidos) no ocurrió por decreto del Estado. Todo el desarrollo europeo, del siglo XIII en adelante, está caracterizado por la aparición de una vida social, polos sociales de poder e instituciones en gran medida independientes del Estado, y muchas veces opuestos a él. (El movimiento democrático y emancipador europeo ha encontrado sus límites, hasta ahora, ahí donde han fracasado los intentos de suprimir el Estado y reabsorber el poder político dentro de toda la sociedad). Este desarrollo ha sido el resultado de movimientos histórico-sociales poderosos e ininterrumpidos, de los cuales el primero y el más extenso está encarnado en la aparición de las ciudades y la emergencia de la burguesía. Y estos movimientos han sido efectivos, *inter alia*, porque el poder existente al que se enfrentaba estaba dividido en tres polos que se combatían amargamente: la Iglesia, la nobleza feudal y el Estado monárquico en ascenso. El Estado —el Monarca— se convirtió en

un agente modernizador —mucho antes que los despotismos ilustrados del siglo XVIII— porque fue capaz, en muchas ocasiones, de utilizar parte de la creciente fuerza de la sociedad "civil" (es decir los burgueses). La *ausencia* de un polo de poder absoluto indisputado y único ha sido la condición *positiva* más importante para la aparición de este segundo milagro histórico: la *polifonía* europea social, histórica, política, cultural.

En Rusia, los intentos recurrentes de reformar la sociedad desde arriba han tenido éxito siempre para modernizar el ejército, pero básicamente han fracasado en el resto de la sociedad. (El período que va de 1850 a 1914 ha sido el único en que comenzaba a ocurrir un cambio social, influido por supuesto por Occidente pero al menos endógeno y separado del Estado). Su carácter casi permanente (con excepción de los intentos frustrados de Stolypin, principalmente) ha sido la tendencia a impedir la formación de una "sociedad civil", de una fuerza social "intermediaria" capaz de desempeñar un papel político independiente. El absolutismo ruso ha sido siempre un limosnero con garrote: su programa ha sido, persistentemente, reformar la sociedad *in absentia* de la sociedad. Esto no es ni "racial" ni "étnico", y no tiene nada que ver con el "alma eslava". Es una pesada herencia histórico-social, que se reproduce permanentemente en el "individuo ruso" como un producto histórico-social, y sólo puede ser superada a través de una *creación* histórico-social —que acarrearía una ruptura de raíz con esta herencia.

Y ahora tenemos un país en el que todo lo independiente del Partido-Estado ha sido sistemáticamente destruido y extirpado —y un grupo de burócratas ilustrados que tratan de modernizar al país por medio de ese Partido-Estado Absoluto, el principal obstáculo a sus propósitos declarados. Ésta es la antinomia esencial de la Gorbachevchina.

Regreso, ahora, a la discusión de los elementos que, en mi opinión, hacen casi imposible el éxito de unas reformas *substanciales* impuestas desde arriba.

Una reforma así requeriría *ideas*, e ideas propiamente *nuevas*, sobre qué y cómo va a ser reformado. (Un nuevo juego de centralización y descentralización, endémico desde los años de Jrushchov, no llevaría muy lejos). Hasta ahora, no se vislumbra ninguna idea de éstas. Y las ideas no son simplemente "ideas". Son la parte más o menos claramente expresable de un magma de significaciones sociales imaginarias. La retórica de Gorbachev no transpira ni el más mínimo indicio de un proceso de creación de tales significaciones. Todo lo que hay es una *eklektische Bettelsuppe* donde uno puede pescar, en un diluido líquido marxista-leninista, trozos de alegatos por la democracia, la ideología de "mercado", vagas críticas al pasado, llamados a la responsabilidad y la disciplina —todo bajo el omnicompreensivo nombre de "reconstrucción". ¿Reconstrucción de qué exactamente, exactamente para qué? Especialmente cuando nos limitamos al estrecho terreno económico (que no es en realidad tan estrecho, ya que no se puede yuxtaponer *cualquier* sistema económico a *cualquier* sistema político y social:

la economía es una parte no "determinante" sino orgánica de cualquier régimen social) todavía es imposible ver en qué consistirían tales ideas. Volveré sobre esto más adelante.

Social e históricamente, una reforma sustancial no es y no puede ser una lista de medidas en el papel. La idea de que se puede o sentar frente a un escritorio, decidir reformas "racionales" y llevarlas sin más a la práctica, es una ilusión típicamente autocrática—burocrática (ampliamente compartida también por el *establishment* occidental, con alguna excusa en su caso). Para que una reforma tuviera efectos reales y sustanciales, aun considerando las cosas desde un estrecho punto de vista "administrativo", se requeriría en el caso de Rusia que una proporción importante de la burocracia, digamos del orden del 50%, ejecutara, complementara y concretara activamente y con entusiasmo en el campo de batalla las decisiones tomadas en la cúspide. Pero debemos ver el asunto en una perspectiva más amplia. No hay actualmente ningún movimiento histórico-social en Rusia que apoye las "reformas": no hay grupos sustancial, numéricamente importantes de gente con un mínimo de vínculos sociales (o de cualquier naturaleza: económicos, religiosos, "ideológicos") presto a luchar en favor de las reformas e inventar lo que sea necesario en los diversos aspectos de la vida para su feliz cumplimiento. La única excepción es una parte del grupo que, hasta hoy, es el solo beneficiario de la "liberalización" interna: la *intelligentsia* y los círculos "culturales". Volveré después sobre esto. Para el resto, todos los testimonios —comenzando por los propios discursos de Gorbachev— apuntan hacia una profunda, obstinada resistencia de la burocracia (excepto en la cúspide). Dada la naturaleza del sistema, y de cualquier "tarea" imaginable en favor de la reforma, la resistencia ha tomado la forma más efectiva: resistencia pasiva, desidia, inercia. Tampoco se puede vislumbrar ni el más mínimo signo de apoyo popular.

Las razones de este comportamiento son muy sencillas. La mayor parte de los burócratas puede ver muy bien lo que van a perder con una reforma sustancial del sistema; muy pocos pueden imaginar qué ganarían. Lo mismo se puede decir de la aplastante mayoría de los asalariados. Muchos han logrado con los años atrincherarse en puestos donde un ritmo lento de trabajo y un pobre desempeño, más la grisura de varios tonos, compensan su miserable nivel de ingresos. La consigna que les ha dirigido Gorbachev es: más disciplina, más productividad. Cualquiera que esté ligeramente familiarizado con el movimiento obrero y con las relaciones industriales sabe, de antemano, cuáles serán las reacciones de un colectivo de trabajadores a una retórica como esa —y aun más, a las actuales disposiciones para ponerla en práctica. (Algunos estudiantes de relaciones industriales provenientes de la clase dirigente llaman a esto, eufemísticamente, "resistencia de los trabajadores al cambio tecnológico"). Los obreros siempre han respondido a esta clase de cambios administrativos según el bien sabido refrán, "más vale malo por conocido que bueno por conocer"; y tienen sus razones para hacerlo

—la única excepción a esto puede que sean los campesinos, pero ya volveremos a ellos.

Pero aquí hay comprometido mucho más que seguridad de la propiedad e intereses materiales. (N.B.: en el caso de una burocracia amenazada, no son sólo "intereses materiales", sino la existencia social entre lo que está en juego). Todos los movimientos histórico-sociales han sido, y son por necesidad, definidos y cohesionados por un nuevo magma social de significaciones imaginarias, creadas por el movimiento y que lo crean. (Hay que pensar, otra vez, en la proto-burguesía o la burguesía "clásica", en el movimiento obrero —e incluso en las burocracias, la mayor parte de origen burgués, que rodeaban a los "déspotas ilustrados" en el siglo XVIII). Lo que llamamos "ideología" es solamente la dimensión "racional" y racionalizable de estas significaciones. No hay en la Rusia actual el menor indicio de que el proceso de constitución de tal movimiento y de creación de nuevas significaciones esté en camino. Toda la empresa, en este respecto, consiste en un renovado y ya viejo intento de prostituir el término "democracia" —sin darle el menor contenido. Al mismo tiempo, persiste la resaca verbal de "socialismo" "marxismo" "leninismo", y nadie se atreve a adoptar una postura al respecto. ¿Qué se va a hacer con esa reedición monstruosamente inflada de los establos de Augias —"socialismo", Marx, Lenin, los "kulaks", las purgas, el Gulag, las naciones subyugadas, los países de Europa Oriental, etc? Propaganda hueca, doble sentido en abundancia e hipocresía personificada: es todo lo que los líderes pueden ofrecer. ¿Alguien puede creerle a un cuasi-autócrata, rodeado de autócratas de segundo orden, (en Rusia, quiero decir —de este lado de la cortina hay, por supuesto, bastantes villamelones dispuestos a confiar en él) cuando habla de "democracia" y *glasnost* ("publicidad" antes que "transparencia")? No sólo no se puede encontrar la más leve capacidad de producir algo nuevo: la *hipocresía* y el *cinismo* básicos, característicos del régimen desde, por lo menos, Stalin, sólo han tomado una nueva forma.

Incluso hablar del asunto resulta extraño. En un período de la historia mundial en el que las ideas andan de capa caída, en el que todos los "valores" están devaluados —excepto la contradictoria pareja Bienestar y Nación—, en el que el marxismo es un cadáver viviente y el liberalismo un esqueleto automatizado que hace muecas y se aparece en la Bolsa de Valores ¿puede uno esperar seriamente que un manojito de ejecutivos comunistas cree las ideas, los sentimientos y las pasiones capaces de sacar del letargo a una sociedad que ha sufrido lo que Rusia ha tenido que sufrir durante los últimos ochenta y cinco años? Más precisamente: ¿cómo y por qué podría modernizarse Rusia, cuando la "modernización" ha entrado en crisis en todo el mundo, y sólo sigue avanzando donde ya había ocurrido, en virtud del impulso autónomo adquirido. ¿Qué significado podemos darle a la frase "Rusia creará una industria moderna", cuando países como Francia, Gran Bretaña, incluso Estados Unidos, están sufriendo un enorme proceso de *des-industrialización*? Vamos de nuevo a limitar el campo de la discusión

y a enfocar un problema, supuestamente, más fácilmente definible: la economía. ¿Cuáles son las ideas? ¿Dónde están los planos? ¿Qué hay que hacer para modernizar la economía rusa?

Por mucho tiempo, compañeros de viaje impenitentes y otros simpatizantes han estado apuntando hacia el "modelo húngaro". Pero olvidan que 1) El "modelo húngaro" está ahora totalmente en crisis en su país de origen, 2) ha sido financiado abundantemente por Occidente (¿cuál sería la cantidad necesaria para financiar el "modelo húngaro" en Rusia? y los capitalistas, con el debido respeto a Mr. Samuel Pizar, ¿estarían dispuestos a lanzar la cuerda?), 3) por encima de todo, la única garantía de que el proceso húngaro no se saldría de las manos eran las divisiones rusas en Hungría, y las adicionales inmediatamente disponibles. No hay duda que el ejército y la KGB serían el último recurso. Pero si el proceso de "reformas" se desarreglara en Rusia —suponiendo que el ejército permanecería totalmente inmune a toda perturbación— ¿estaría dispuesto a proteger el lugar de Gorbachev y su grupo?

Veamos el problema de nuevo. Todas las intenciones anunciadas, y las micro-disposiciones cumplidas hasta hoy, se proponen introducir en el funcionamiento de la economía rusa una dosis de "mecanismos de mercado". Debemos ir hasta los principios básicos y preguntar: independientemente de la retórica actual, y más allá de las concesiones mínimas (como la legalización parcial de la economía subterránea) ¿en qué consistirían estos "mecanismos de mercado" y hasta dónde su introducción sería compatible con la estabilidad política y social? Discutiré solamente unos pocos de los muchos puntos que surgen de estas preguntas.

Para "racionalizar" las empresas industriales rusas por medio de "mecanismos de mercado" (es decir permitiendo a las firmas competir entre sí) se necesitaría dar a la administración de las firmas el derecho de contratar y despedir. Hasta donde sabemos, puede decirse que un enorme proporción de la fuerza de trabajo en la industria rusa es, potencialmente, "redundante". (Una proporción significativa de la fuerza de trabajo en Occidente también se está convirtiendo en "redundante" año con año). Incrementar la productividad significa, tautológicamente, obtener la misma producción total con menos manos. Esto es aún más dramáticamente cierto hoy, ya que la "modernización" de una planta quiere decir, las más de las veces, automatización —esto es, redundancia masiva de la fuerza de trabajo. Supongamos que se implanta en Rusia una medida de esta naturaleza: se comenzaría a formar un gran ejército de desempleados. ¿Se quedarían callados esperando los efectos benéficos de las reformas?

Se puede argumentar que los trabajadores desempleados se volverían a emplear rápidamente en otro lugar. Esto requeriría equipo adicional. Ahora, es bien sabido que la industria rusa se caracteriza por una sed de bienes de capital (modernos) y por una redundancia de bienes de capital (obsoletos). Lo que significa que los obreros sin acomodo serían recibidos de

nuevo en plantas de equipo obsoleto, y que entonces disminuiría, en vez de aumentar como se tiene previsto, la productividad total. No quiere decir que no exista un amplio margen para ir disminuyendo los desajustes entre el equipo y la fuerza de trabajo<sup>6</sup>. Quiere decir que sólo se lograría a través de un esfuerzo prolongado y doloroso. Mientras tanto (o si fallara), se podría obtener de los trabajadores un esfuerzo extra por medio de la amenaza del despido y la esperanza de una diferenciación salarial creciente —siempre y cuando no hubiera reacciones de su parte.

Segundo: la "racionalización" relativa de la producción rusa y la nueva distribución de los recursos provocarían un trastorno colosal en la estructura de todo el sistema de precios. Esta estructura, desde cualquier modelo concebible, es un absurdo —hecho repetidamente reconocido y expuesto por los economistas del régimen, aun antes de Gorbachev, y recientemente, por Gorbachev mismo. Ya es característico que Gorbachev se haya limitado a los precios de unos pocos alimentos<sup>7</sup>. El verdadero problema no está, por supuesto, en aumentar los precios oficiales del pan y la carne, incluso de las rentas (estoy dejando a un lado los posibles efectos sociales y políticos. Cf. Polonia). Está en cuidar que las firmas fijen sus precios de venta y regateen por el precio de sus insumos. Si una medida así se tomara de la noche a la mañana, o incluso en un período de tiempo relativamente corto, sobrevendría el caos. Pero dada la naturaleza del problema, aunque las medidas fueran puestas en práctica lentamente, sólo se reemplazaría un absurdo sistema de precios por otro. Por supuesto, el Gosplan y los Ministerios "Económicos", en su tamaño actual, se volverían prácticamente superfluos —esto es, habría que despedir a una gran parte de la burocracia del Estado y del Partido. También se induciría un fuerte ajuste hacia arriba del nivel de precios —¿de qué otra manera se pueden eliminar las colas?— y esto, otra vez, presupone que una gran parte de la población podría, por lo menos a mediano plazo, soportar lo más túpido del embate de los ajustes de precios que disminuiría sus ya bajos niveles de vida, quedándose callada, mientras medita las virtudes de los "mecanismos de mercado" y, posiblemente, estudia a F. Von Hayek, traducido, finalmente, al ruso.

En términos macro-económicos, la traducción de todo esto sería como sigue: durante un período indeterminado pero ciertamente muy largo, tendría que haber una vasta redistribución del ingreso y reasignación de recursos, que golpearía fuertemente (por el desempleo y el aumento de precios) a varios estratos de la población trabajadora y acarrearando para gran parte de la burocracia no-militar la pérdida de privilegios económicos, sociales y políticos —más aun, pérdida de identidad. Todo esto en un país enteramente abrumado, donde no existen reservas (en el sentido más amplio de la palabra) de ningún tipo y que vive al día. El único margen disponible, en el papel, sería la reducción del gasto militar (como ya dije, la *détente* actual ha recibido un fuerte impulso del deseo de evitar un incremento en estos gastos). Pero qué tan lejos puede ir una reducción como ésta —es decir,



hasta dónde puede Gorbachev hacer que la sub-sociedad militar lo acompañe en este camino— y cuál sería la diferencia; qué tan rápido, si es el caso, puede un SS-20 convertirse en rejas de arado, y un arma dirigida por láser en maquinaria textil —son preguntas que siguen abiertas. En el recuento, uno puede ver otra vez masas de perdedores y apenas algún ganador.

Permitir que las firmas fijen los niveles de empleo, producción y precios provocaría, como ya dije, el desmantelamiento de la “planificación central” —es decir (porque nunca hubo ninguna “planeación real” en Rusia) que se pondría fin a las decisiones centralizadas sobre la distribución de recursos y, en buena medida, sobre los usos de la producción total. Esto daría algunos problemas al sub-sector militar separado del resto de la economía (y de la sociedad). Es seguro que el gobierno puede recoger a través de los impuestos el 15% y hasta el 45% del ingreso nacional y gastarlo en el ejército. Pero resulta difícilmente concebible que los militares acepten el desmantelamiento del amplio sector de la producción que controlan y que adopten sonrientes los “mecanismos de mercado”. No es fácil imaginar, bajo estas condiciones hipotéticas, la coexistencia pacífica entre los sectores cerrado (militar) y abierto (no militar) de la economía —especialmente si las firmas no-militares se vuelven capaces de competir exitosamente en el mercado con los militares por la mano de obra calificada, la maquinaria y los escasos insumos, como *tendría* que ser el caso si las “reformas” fueran efectivas.

Antes de seguir adelante, hay que hacer incapié en dos salvaduras importantes, o el lector sacará la conclusión errónea de que estoy defendiendo una posición de “todo o nada”.

Primero: la casi total improbabilidad de una reforma global exitosa no implica que no se puedan tomar muchas decisiones que tendrían algún efecto. Como me lo ha señalado repetidamente Vassilo Gondicas, el caos y el despilfarro son tan grandes en Rusia que las disposiciones fragmentarias, de “segundo orden” —con tal de que no sean contradictorias— podrían significar una diferencia importante. Yo mismo he discutido en *Ante la guerra*<sup>10</sup> el obvio ejemplo de un aumento de las parcelas “privadas” de los campesinos (para señalar que, aunque inofensiva para el sistema, tal medida ni siquiera ha sido vislumbrada).

Segundo: la agricultura es seguramente el sector donde, siendo más grandes los absurdos del sistema, hay mayor oportunidad para cambios importantes. Sin duda, un incremento en la producción agrícola daría beneficios políticos inmediatos. Además, entre todos las secciones de la burocracia, la agraria es, políticamente, la más aprovechable. Sin embargo, llama la atención que, hasta ahora, se hayan tomado sólo medidas muy limitadas en este ámbito (en algunas regiones del país se está “experimentado” con la idea de permitir que los campesinos tengan un interés personal en incrementar la producción de los koljoses). Uno se pregunta si en el sistema ruso (como opuesto, por ejemplo, al chino) hay algo más que estrechos márgenes políticos para el cambio. ¿Es concebible el desmantelamiento de los koljoses, etc.? ¿Podría la

industria balancear un incremento en los ingresos agrícolas ampliando la oferta de bienes manufacturados (el viejo problema de la N.E.P.)? Y, lo que no es menos importante, ¿podrían tales medidas detener y revertir —lo que ha sido por años la promesa de la agricultura rusa— la migración de los campesinos a las ciudades?

Regreso al problema económico central. Uno puede dibujar en un papel —he oído que W. Brus se distraja con este juego— un esquema de las transformaciones aparentemente consistentes. La propiedad estatal —“propiedad del pueblo”— sería retenida en las “grandes” empresas —que empleen arriba de X número de gente, capitalicen arriba de Y rublos. Al personal administrativo, incluso a los asalariados, se le daría una participación de las “ganancias netas”. Los “mecanismos de mercado” se encargarían del resto. Un Banco Central y un Ministerio de Finanzas controlarían el equilibrio general de la economía por medio de los impuestos y las tasas de interés. Varios Bancos de Fomento financiarían proyectos de inversión a largo plazo, con la rentabilidad como única (o principal) condición. Precios, sueldos y salarios ajustarían el mercado de bienes de consumo y trabajo. El Estado recogería, a través de los impuestos, el ingreso necesario para la administración general, los servicios públicos y los gastos militares. Debemos advertir que la economía necesita, por un largo período de tiempo, ser protegida de la competencia internacional —o sea la única forma de competencia que actualmente conserva algún sentido— y, ya que la eliminación de los controles económicos destruiría el monopolio estatal del comercio exterior, el esquema debe completarse con una colosal devaluación del rublo, o un levantamiento de las barreras arancelarias.

Si el economista soñador está completamente narcotizado por la “teoría económica” (es decir por la economía neo-neo-clásica) podría comprobar, por medio de algunos cálculos, que debe existir un camino “fácil” y “óptimo” que lleve de aquí para allá, de la Rusia actual a la de su esquema. De hecho, haciendo abstracción de todos los elementos no “económicos” (es decir de todos los reales), esta situación ficticia sólo podría alcanzarse después de muchos años de alto desempleo, reducidos ingresos reales para la mayor parte de la población y una dislocación geográfica y social. Pero aun la región de los sueños, una vez alcanzada, no tendría nada de idílica. No se ve la razón para que, en tales circunstancias, el desempleo no fluctue entre el 6% (EU) y el 11 o 12% (CEE), o más; ni para que el Banco Central ruso y el Ministerio de Finanzas tengan más éxito que sus colegas occidentales en controlar la inflación. Una vez más, el mito del mercado y el predominio de la retórica “liberal” en los últimos diez años, hace olvidar a la gente que los “mecanismos de mercado” —aunque indudablemente mucho menos costosos que la economía comandada por la burocracia— están hechos un lío. Basta echar un vistazo.

Pero la alucinación de nuestro benevolente economista sufre de otro defecto más grave, seguramente fatal: es política y sociológicamente incoherente e inconsistente. No sólo el proceso, tan pronto comenzara

a materializarse, tendría a casi todo el mundo —la mayor parte de los asalariados y de la burocracia— en su contra. Es imposible vislumbrar en qué tipo de sociedad, y en qué tipo de estructura política emborriaría. Esto me lleva al último aspecto de la Gorbachevchina: los pasos hacia una liberalización cultural y “política”.

En este campo, la situación está ciertamente cambiando mientras escribo (mediados de octubre de 1987). Cada semana hay noticias sobre medidas de liberalización —y al menos una que la hace retroceder. Un caso típico: ya no se persigue —o menos que antes— a los editores de *zamisdat*. Pero el último “número” del *Glasnost* de Grigoryant (70 ejemplares) ha sido confiscado, y dos personas relacionadas con la edición arrestadas<sup>11</sup>. El congreso de una Unión de Sindicatos votó, hace un año, una resolución aprobando las “reformas democráticas”, y a Gorbachev mismo, por una mayoría del ...100%. Se permite que algunos activistas de las nacionalidades se manifiesten —para ser perseguidos inmediatamente después. El 14 de junio de 1987, después de una concentración en Riga para conmemorar las víctimas de las deportaciones masivas que siguieron a la anexión de Latvia, en 1941, fueron detenidos once manifestantes<sup>12</sup>. Podríamos seguir páginas enteras.

Ciertamente, la mayoría de estos casos expresa la resistencia obstinada del “nivel más bajo” de la burocracia a las medidas de Gorbachev. Pero estas medidas mismas tienen un alcance muy limitado. La libertad de palabra y las posibilidades de publicación son siempre monopolizadas por las autoridades. Cualquier medida que emana de este monopolio es concedida *ad hoc* y regulada por él. Todo el mundo en Occidente discute frenéticamente la posibilidad de que los judíos emigren de Rusia, y lo exigen. Muy bien. ¿Pero qué con los rusos mismos? No creo que haga falta decir a los “liberales” de Occidente que el Estado ruso es dueño de ciudadanos en cuerpo y alma. “...A pesar de todo proclamamos la libertad para el ateniense que lo quiera, una vez que haya hecho la prueba legal para adquirir los derechos ciudadanos y haya conocido los asuntos públicos y a nosotras, las leyes, de que si no le parecemos bien, tome lo suyo y se vaya adonde quiera. Ninguna de nosotras, las leyes, lo impide, ni prohíbe que, si alguno de vosotros quiere trasladarse a una colonia, si no le agradamos nosotras y la ciudad o si quiere ir a otra parte y vivir en el extranjero, que se marche adonde quiera llevándose lo suyo.” Esto es lo que Sócrates evoca de las leyes atenienses como evidente por sí mismo —y que sigue siendo impensable en la Rusia actual<sup>13</sup>.

Con todo: Gorbachev está realmente concediendo a algunas personas un margen de libertad de palabra inconcebible desde los días de Jrushchov. Los únicos dispuestos y capaces de aprovecharla, hasta ahora, son una fracción de la *intelligentsia* moscovita. Y este es el único grupo que se ha beneficiado indiscutiblemente de las medidas de Gorbachev. Es gente que ciertamente lo “respalda”, y les gustaría verlo ir “más lejos”. Pero debemos señalar, primero, que esto no

parece tener mucho eco fuera de Moscú; en las provincias, el miedo a las autoridades locales debe ser el más intenso. Y segundo, que ya hay una “oposición” conservadora que se manifiesta verbalmente. En el último encuentro de *Ogonyok* en el teatro *Oktiabr*, una parte significativa del público estuvo protestando e insultando a los “liberales” en nombre de la gloriosa tradición del Partido<sup>14</sup>.

Vale la pena comentar tres cosas al respecto.

Una parte de la *intelligentsia* se beneficia de las reformas y, con independencia de cualquier “beneficio”, está dispuesta a apoyarlas. ¿Qué tanta fuerza real podría prestar a las medidas de Gorbachev? Es una ventaja. Pero también es un riesgo. En el corto o mediano plazo, no hay mucho en lo que esta gente pueda ayudar para la ejecución de las reformas. Bastante hacen con irritar y agitar a la parte del *establishment* que se opone a Gorbachev (cf. las repetidas advertencias de Lijachev), y con darles armas y argumentos. Todo indica que no van a encontrar, por el momento, una respuesta en el grueso de la población. Y si la obtienen, será una conquista de doble filo.

Efectivamente, hasta ahora, la población permanece callada. El desinterés por todo lo que se refiere a la vida pública y el individualismo de los jóvenes son bien conocidos, y regularmente denunciados y deplorados por la prensa oficial. Obreros y campesinos tampoco parecen estar muy interesados en Gorbachev. Sin duda, la amarga experiencia les ha enseñado que no se puede confiar en las cabezas del Partido. Sin duda también, el sainete que son las arengas en favor de la democracia, viniendo de un hombre investido de poderes casi dictatoriales por una oligarquía cerrada y que sólo puede ser removido por esa misma oligarquía, les recuerda que la hipocresía sigue ahí y alienta en ellos la sospecha de que cualquier semilla de “cambio” en el movimiento de Gorbachev está podrida antes de ser plantada. Pero además, ¿qué pasaría si por todo el país la gente comenzara a exigir auténtica libertad de palabra? ¿Si, en algún lugar, los obreros y empleados intentaran establecer un sindicato independiente? ¿Si los ciudadanos trataran de organizarse políticamente, incluso de manera disfrazada —“comités por correspondencia”, “sociedades de amigos”, o “círculos Herzen”? ¿Si grupos de todas las nacionalidades sometidas —bálticos, ucranianos, caucásicos, musulmanes asiáticos— comenzaran a formular abiertamente sus demandas de autonomía, extensión de derechos, descentralización, autonomía, gobierno local —o independencia? La apatía generalizada de la población (pero no de los activistas nacionales no-rusos) es la mayor garantía para Gorbachev de que todo esto no sucederá, una apatía multiplicada por la certeza de que nada de lo que está pasando es irreversible, y por el miedo a una reacción. Pero es precisamente esta apatía, si los intentos de reforma van a tener algo más que unos débiles efectos, lo que debe ser superado. Como dije antes, aquí está el meollo de la antinomia interna de la empresa de Gorbachev.

Comenzaré la discusión del tercer punto con un comentario aparentemente desligado. Todo parece indicar que la *glasnost* es también un arma de Gorbachev



contra sus enemigos políticos dentro de la burocracia —contra los conservadores. Pero en este caso, más que en ningún otro, Gorbachev parece estar bajo la ilusión de que se puede iniciar una “búsqueda de la verdad”, y detenerla o controlarla a voluntad. ¿Sería posible, bajo el régimen actual, comenzar a discutir la verdadera historia rusa de los últimos setenta años? ¿Debemos preguntarnos si Stalin asesinó a treinta, en vez de veinte o sesenta millones de personas o, más bien, cómo y por qué pudo Stalin desplegar tanto poder, y qué diablos estaba haciendo el Partido “Comunista” en este período? ¿Y la historia se detiene con Stalin, o debemos temer que algún historiador chillado nos salga con Kronstadt, Makhno, el terror contra mencheviques y socialrevolucionarios a partir de 1918, los acontecimientos de 1920 a 1923 en la región del Cáucaso? ¿Y qué con el pacto Hitler—Stalin, qué con la invasión a Checoslovaquia en 1968, etcétera, etcétera? ¿Por qué están nuestras divisiones en Afganistán? ¿Y si los economistas y los sociólogos comenzaran a hablar de distribución del ingreso, grupos y clases sociales? ¿Se permitiría que un filósofo escribiera que *Materialismo y empiriocriticismo* es simplemente una tontería? Esta última es una pregunta etérea y realmente carece de interés. Pero he aquí que el camarada Gorbachev declara en Praga: ningún partido detenta el monopolio de la verdad. ¿De veras? Entonces ¿por qué no muchos partidos diferentes?

Otra vez, las posibilidades de la situación son profundamente inciertas. Hoy, la mayoría de la población no daría un kopek por aprender si el terror comenzó con Stalin o con Lenin. Pero no se puede despreciar la virulencia de estas ideas —sobre todo si comienzan a circular en un período de tensiones y crecientes dificultades materiales. El camarada Lijachev tiene, con sus advertencias, un buen punto a su favor.

Esta reflexión es, por un lado, particularmente relevante en relación con las distintas nacionalidades dentro de la “URSS” y, por el otro, en relación con los países satélites de Europa Oriental. ¿Para qué la “reforma”? ¿qué puede hacer con respecto a las minorías nacionales sometidas al Imperio? ¿Cómo podrían conciliarse la *glasnost* y la libertad de expresión con los crecientes deseos de autonomía de muchas de éstas? ¿Cuál sería la reacción del ejército si bálticos, ucranianos, caucásicos, musulmanes asiáticos, comenzaran clamar por un estado legal distinto al de hoy? En Europa Oriental —donde el caótico impacto de la Gorbachevchina es ya evidente— el panorama es aun más sombrío. La “oposición”, en estos países, ya está usando intensamente la voz de Gorbachev para enfrentarse a sus partidos comunistas. De hecho, es la única región del Imperio donde la retórica de Gorbachev es ampliada por la resonancia social, y por razones obvias. Un elemento de tensión adicional en este caso es que los intentos de “liberalizar” la Comecon parecen calculados para extraer ventajas económicas adicionales de estos países. La gran variedad de circunstancias nacionales (desde Rumania, en un extremo, hasta Hungría y Polonia, en el otro) impide un juicio general sobre la situación y sus perspectivas futuras. De cualquier modo, se trata de la zona donde el impacto

de las “reformas” rusas corre el mayor peligro de provocar una desestabilización —por lo tanto, en anticipación a ello, quizá de limitar estrictamente el proceso de “liberalización” en Rusia. En segundo lugar, los militares rusos no están, ciertamente, dispuestos a negociar la presencia de sus divisiones en Polonia, Alemania Oriental, Checoslovaquia y Hungría (tampoco los partidos comunistas “nacionales” de los países mencionados, poniendo a Rumania aparte). Así, los riesgos de la Gorbachevchina provocan una creciente discrepancia de entre Gorbachev y los puntos de vista de los Grandes Jefes rusos.

Las preguntas que he discutido hasta ahora —y que deberían plantearse insistentemente a todo aquel que hable de las reformas de Gorbachev— son muy sencillas. ¿Quién las ejecutaría? ¿qué haría exactamente? ¿cómo? ¿apoyado en quién? ¿con qué consecuencias para la sociedad rusa, para las nacionalidades dominadas, para Europa Oriental.

He dejado para el final el aspecto estrictamente político, del que hablaré brevemente. Cualquiera que sea el alcance del deshielo cultural y de las “reformas” económicas, la dimensión política es sencillamente ignorada en toda la retórica sobre “reestructuración” y “reconstrucción”. En realidad, nada está cambiando y nada se supone que cambie: la misma gente (en este nivel, no nos interesa el juego de las sillas de la oligarquía dominante), los mismos órganos, las mismas instituciones, todos tienen la obligación de actuar, en lo sucesivo, “democráticamente”. El poder absoluto del *establishment* y, dentro del *establishment*, de una minúscula oligarquía no sólo permanece inamovible: se da por sentado, y por sentado para siempre. Sería muy difícil ver a la oligarquía gobernante despojarse de buena gana y pacíficamente de su poder absoluto, consintiendo la creación de organizaciones políticas independientes e incluso la aparición de “tendencias” (fracciones permitidas legalmente) dentro del Partido. Gorbachev ha tomado la precaución de advertir que el marxismo-leninismo marca el límite de la *glasnost*. En su neolengua, marxismo-leninismo significa el monopolio político del poder en manos del Partido y la organización “centralizada” del Partido mismo<sup>16</sup>.

En este caso el éxito, incluso parcial, de la “reforma”, engendraría además nuevas contradicciones. Su efecto sería que algunos grupos importantes —personal administrativo y tecnocientífico, trabajadores calificados, parte del campesinado y de la *intelligentsia*— alcanzarían una existencia social visible, verían elevarse su poder económico, su bienestar y su lugar en la sociedad, al tiempo que se les privaría de cualquier posibilidad de expresión política. En ausencia de instituciones y de *costumbres* democráticas, esto exigiría no una disminución sino un aumento del poder de la cúpula —a menos que todo el edificio comenzara a derrumbarse.

El verdadero problema está en un nivel más profundo. Es el problema de lo que Max Weber ha llamado legitimación del poder político, y que yo llamo, en un sentido más amplio, la significación social

imaginaria que mantiene a unida una sociedad. El contenido manifiesto de todo esto, en el período de Stalin, incluía un quinto de ideología, un quinto de ascenso social, y tres quintos de terror y represión. Bajo Brezhnev, la mezcla cambió: un quinto de represión, un quinto de nacionalismo, y tres quintos de apatía y cinismo. Fue, por su puesto, una experiencia histórica totalmente nueva: ¿cuánto tiempo puede seguir funcionando una sociedad dominada por el cinismo y la apatía? (Para los occidentales: *de te fabula narratur*, también). La empresa de Gorbachev intensifica el caos y la confusión existente. Elimina, potencialmente, lo que quedaba de ideología "comunista" —incluso como código de lenguaje para la burocracia. Tiende a destruir el mito de la historia del Partido Comunista. Amenaza con deshacer (si se permite que la "liberalización" cultural tome su camino) el mito de la historia rusa misma —la historia de Rusia después de 1917. Las heridas causadas por todo esto serán tan profundas como las que dejó el nazismo en los alemanes —aunque de naturaleza distinta. ¿Quiénes somos? Somos la nación que, de diez siglos de historia, sólo ha gozado cinco cortos meses (de febrero a octubre de 1917) de una poca de libertad. Y lo que se ofrece ahora es más que incoherente. Creemos en los mecanismos de mercado; ¿por qué entonces somos "socialistas"? Creemos en la "democracia"; ¿por qué entonces la dictadura de un pequeño grupo? Si la idea central va a ser *Enrichissez-vous* (enriquezcanse), y los medios declarados para alcanzar tal objetivo serán los mismos que los de norteamericanos, japoneses, y europeos; entonces ¿por qué llamar al país Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas? Es prácticamente imposible vislumbrar un complejo de significaciones que cohesionen al país, animen las instituciones y las actividades del pueblo, y "legitimen" su régimen político.

Podemos advertir que, desde este punto de vista, el problema en Occidente no es muy distinto. Es cierto. Pero las sociedades occidentales están ellas mismas pasando por una crisis histórica —y en su caso, la despolitización y la apatía están "respaldadas" por el nivel de vida y el consumismo que de éste se deriva<sup>16</sup>. Y aquí, uno puede imaginar, teóricamente, un paso sumamente estrecho para el programa de Gorbachev: si las reformas provocaran algunos resultados rápidos e importantes o si la gente permaneciera tranquila, habría alguna oportunidad para el régimen de transformar la apatía de la subsistencia en la apatía adquisitiva.

Está en la mitología occidental que cada país alcanzará, tarde o temprano, el maravilloso estado "natural" de economía de "mercado" más instituciones "liberales". Para sus apologistas, esta etapa parece tan natural que podría y debería ser alcanzada de cualquier modo, no importa el camino emprendido —por ejemplo a través de las "reformas" desde arriba. El único elemento de realidad en este mito es que la historia occidental ha desplegado, desde hace siglos hasta hoy, una influencia sin precedente en todo el globo —lo que para nada significa, sin embargo, que el modelo occidental haya sido adoptado en otras partes;

al contrario, los lugares donde impera representan una pequeña minoría de la población mundial. Como dije antes, la influencia occidental en la Rusia de hoy es enorme, como lo es en cualquier otra parte del mundo, pero no es la influencia del Occidente de 1776 y 1798, de 1848 y 1871, de 1936 y 1968. Es el Occidente de los artefactos y los aparatos, de la vida cómoda y el afán de privacidad, de estrellas de rock y políticos de la T.V. Con un poco de suerte, Gorbachev podría llevar a Rusia hacia un débil equivalente de una sociedad de la T. V. bajo un régimen absolutista.

También es posible, incluso probable, que el grupo de Gorbachev pueda, por algún tiempo, seguir un sendero "Neo-N.E.P." —legalizando más o menos la economía "paralela", aflojando el control del Estado sobre los campesinos, eliminando algunos de los absurdos más escandalosos de la economía, "liberalizando" la información y la cultura. La China de hoy ha demostrado que tales acomodos son perfectamente compatibles con el poder absoluto del Estado —aunque las condiciones para un proceso similar son mucho más adversas en Rusia. Se podrían provocar algunos cambios verdaderos en los niveles de producción y en las condiciones generales de calidad de vida. Sería muy bueno mientras durara. Pero un proceso de esta naturaleza no se puede sostener por mucho tiempo sin desestabilizar las condiciones mismas que lo hacen posible.

La idea de la "reforma" es introducir cambios sustanciales en el sistema para hacerlo más funcional ("modernizado"), mientras su esencia se conserva intacta. ¿Cuál es la esencia del sistema? Ciertamente no la "ideología comunista". Es lo que mantiene unidos a los grupos dominantes, los mecanismos sociales e institucionales mediante los cuales estos grupos conservan su poder y canalizan los recursos de la sociedad (la mayor parte de los "excedentes") hacia sus propios "fines". Y ¿cuáles son estos "fines", más allá de la auto-conservación y la auto-preservación de estos grupos? Acumular fuerzas con miras a una expansión hacia el exterior: o Rusia como una potencia mundial. Cualquier cosa que pudiera poner en peligro la consecución de este objetivo, o sus condiciones, desencadenaría diversos mecanismos que harían regresar al sistema a una nueva variante de sus viejos modos.

Más allá del horizonte del corto plazo, sólo puedo ver tres posibles resultados:

—O el grupo de Gorbachev sigue adelante con reformas más sustanciales —y, en algún momento, miembros de la clase gobernante reaccionan y destituyen a Gorbachev y a sus partidarios.

—O son forzados gradualmente, por las reacciones de la burocracia y la cruda realidad (frase de Lenin) a diluir, más y más, sus "reformas".

—O, finalmente, en alguna etapa, una ruptura, una crisis estalla; las fuerzas sociales se liberan y todo el pueblo entra en escena. La intervención abierta del ejército es casi segura. Más allá de este punto, ya no es razonable ninguna discusión.

Nueva York, 24 de abril — París, 14 de octubre de 1987

**Post-scriptum.** El discurso de Gorbachev del 2 de noviembre me parece confirmar ampliamente algunas de las ideas principales del texto. Dignas de atención son, en particular sus innumerables patrañas sobre el periodo Lenin-Stalin-Jruschov, y la insistencia (inevitable) en exonerar lo mismo al PCUS que a la naturaleza del régimen de toda responsabilidad

*Las principales ideas de este texto han sido presentadas en un coloquio sobre "Cambios en Rusia y Europa Oriental", organizado por la New School for Social Research, el 24 de abril de 1987 en la ciudad*

en la historia de los últimos sesenta años. Este absurdo insostenible no puede sino contribuir a hacer aún más agudas las contradicciones de la Gorbachevchina subrayadas antes. —Escucho precisamente en este momento por el radio (once de la noche, once de noviembre) que el jefe turbulento de la organización de Moscú, Eltsin, ha sido destituido de sus puestos.

*de Nueva York. El presente trabajo se ha ampliado considerablemente y, por supuesto, se han tomado en cuenta los acontecimientos más recientes.*

NOTAS

- 1 "The Social Regime of Rusia", 1977, ahora reimpresso en mi *Domains de l'homme — Les Carrefours du labyrinthe II*, Paris, Le Seuil, 1986, pp. 174-200. Una traducción (muy pobre) de este texto apareció en *Telos*, Num. 38, Invierno 78-79, pp. 32-47. La cita puede buscarse en las páginas 186 y 38 respectivamente.
- 2 He venido desarrollando este punto de vista desde 1946 a través de numerosos textos, de los cuales, los más importantes están apareciendo en lengua inglesa en mis *Social and Political Writings*, University of Minnesota Press, (en preparación). Hay un resumen condensado en "The Social Regime of Rusia".
- 3 Ver mi libro *Devant la guerre Paris*, Fayard, 1981. *La esencia del argumento, que no voy a repetir aquí, se puede encontrar en inglés en "The Destinies of Totalitarianism" en Salmagundi* Num. 60, primavera-verano 1983, pp. 107-122 y en una traducción (muy mala) del primer capítulo de *Devant la guerre* "Facing the War" en *Telos*, Num. 46, invierno 1980-1981, pp. 43-61.
- 4 *Devant la guerre*, op. cit., p. 216.
- 5 *Ibidem*, pp. 160.
- 6 E.N. Luttwak, "Le navalisme dans la politique de défense du Président Reagan" en *Stratégie Navale et dissuasion*, Paris. Editions du C.N.R.S., 1985. Michel Howard, de la Universidad de Oxford: "Una gran parte de la capacidad militar norteamericana es impropia para las necesidades de su política". (*International Herald Tribune*, en lo sucesivo citado como *IHT*, 9 de octubre de 1987). También está citado un "senior French policy maker" en el mismo artículo de *IHT*: "Los E.U. y la Unión Soviética tienen en común industrias militares de alto rendimiento que funcionan en economías problemáticas". El rearme norteamericano impulsado por Reagan ha sido, en buena medida, no sólo una fanfarfona estratégica, sino también económica (y la IDE es su clímax).
- 7 El buen León Davidovich tenía perfectamente claro todo esto. A pesar de un intento de disociarse del historiador "liberal" Miliukov (que había cometido el imperdonable pecado de escribir "en Rusia no son las clases las que hacen al Estado, es el Estado el que hace las clases"), las primeras cincuenta páginas de 1906 muestran que las ciudades y la burguesía (distinto a comerciantes) eran en Rusia estructuras administrativas *ad hoc* erigidas por la acción gubernamental, y que a mediados del siglo XIX la única fuerza detrás de la poca industrialización existente era la confrontación militar con otros países europeos tecnológicamente más avanzados.
- 8 Se necesitaría también que el salario de los trabajadores contratados en estas circunstancias estuviera por abajo del normal —o que las firmas que los contratan acepten disminuir sus ganancias, totalmente al contrario de lo que se supone es el espíritu de la "reforma". En un artículo de uno de los "teóricos" más importantes del movimiento de Gorbachev, Nicolai Schmelyov, publicado en *Novy mir* (se pueden encontrar extractos importantes en los principales diarios norteamericanos del 3 de julio, y en el *IHT* del 4-5 de julio de 1987) se puede leer una solemne rehabilitación y glorificación del "afán de lucro", parecida a las más torpes declaraciones de los neo-liberales occidentales, en las que no se puede encontrar ni la más mínima mención del funcionamiento actual de los mecanismos de "lucro" en precios, empleo,

- medio ambiente, propiedad pública, etc.
9. Discurso en Murmansk del 1 de octubre; en *IHT*, 3 de octubre, pp. 1-3. También es característico que en ese mismo discurso Gorbachev aludió a una compensación al incremento proyectado en los precios (controlados por el Estado) de los alimentos en la forma de mayores servicios educativos y de salud —es decir, del Estado—; servicios dependientes de y manejados burocráticamente por él. Ni siquiera pasa por la mente de estos nuevos y entusiastas adeptos de la "filosofía de mercado" que esta "compensación" puede tomar otras formas, permitiendo a los consumidores decidir en qué quieren gastar su dinero. Obviamente, un aumento de los precios de los alimentos acompañado por un incremento en los "servicios públicos", como educación y salud, disminuiría el ingreso disponible de la población, y por lo tanto, la demanda de bienes manufacturados.
- 10 Op. cit., pp. 156-158.
- 11 No es un accidente que el tiraje confiscado hablara de las minorías nacionales en la "URSS".
- 12 *Le Monde*, 5-6 de julio de 1987.
- 13 Platón, *Critón*, 51 d-e. Vale la pena hacer notar que, en 1935, todo el *establishment* británico (fisicos, abogados y políticos) dio por sentado que el gobierno ruso podía retener en el momento en que se le antojara a cualquiera de sus ciudadanos, cuando las autoridades rusas, sin cumplir con sus promesas retornaron a Peter Kapitza contra su voluntad durante uno de sus viajes regulares a Cambridge a Moscú. Ver Lawrence Badaah, *Kapitza, Ruthford and Kremlin*, Yale University Press, 1985. Vaya una "reabsorción" del individuo por el "Estado" en la polis democrática griega.
- 14 *IHT*, octubre 2, 1987. La reunión se llevó a cabo el 30 de septiembre, en un teatro lleno. Las preguntas al podio siempre fueron formuladas a través de hojas de papel, sin que nadie, por su puesto, se atreviera a pararse y hablar. Y el escritor anti-antisemita, Voznesensky, perdió la calma cuando se hicieron algunas preguntas sobre antisemitismo. Parece que nadie preguntó sobre el papel que desempeña el Partido —o la legitimidad de Gorbachev mismo.
- 15 El último discurso de Gorbachev en Leningrado (13 de octubre. *Le Monde*, octubre 15 de 1987, p.4) corrobora ampliamente esto. Entre los renovados ataques contra la difundida inercia de la burocracia, Gorbachev declaró: "Debemos desplegar un esfuerzo sin precedentes para movilizar todas las fuerzas innovadoras. Esto es algo que sólo nuestro partido, nuestro partido marxista-leninista, puede hacer".
- 16 Ver mis textos "Modern Capitalism and Revolution" en *Social and Political Writings*, op. cit., y "La crise des sociétés occidentales" (1982) versión (mala) en inglés en *Telos*, Num. 53 Otoño 1982.

